

Como parte de la polémica sobre la deuda, se han suscitado una serie de cuestiones que hacen tanto a la teoría económica como a la perspectiva que puede tener la regulación del modo de producción capitalista por parte del Estado. Esto, aparte de la importancia -desde nuestro punto de vista aunque no desde el de nuestro polemista- de considerar el carácter de clase de las intervenciones estatales, es decir el rol que tienen las mismas para preservar las relaciones de producción capitalistas, lo cual no significa otra cosas que perpetuar la explotación de la gran mayoría asalariada por parte de una minoría propietaria de los medios de producción. Extenderse en estas cuestiones excede las posibilidades de esta nota. Sólo nos detendremos en algunas cuestiones fundamentales suscitadas por Amico en su polémica¹.

I

La idea de que entre marxismo y keynesianismo habría una matriz teórica común, a pesar de las claras preferencias liberales (y bastante conservadoras) de Lord Keynes, ha sido cimentada a lo largo del siglo XX por numerosos teóricos. La corriente heterogénea que es el poskeynesianismo, cuenta con numerosos exponentes que pretendieron ofrecer una síntesis del encuentro de ambas corrientes. Aunque con desarrollos originales, los kaleckianos de hoy también abrevan en ideas de Marx y de Keynes, aparte de las del propio Kalecki, así como de otros autores clásicos y también neoclásicos. Sin embargo, esta síntesis, aunque pueda tomar algunas categorías desarrolladas por Marx, lo hace desde un enfoque cuyas raíces sólo pueden presentarse como cercanas a las ideas de Marx apelando selectivamente a algunas afirmaciones del autor, y no considerando los grandes lineamientos desarrollados en su obra.

Desde esta pretendida síntesis teórica, son de sentido común afirmaciones como las de Amico de que las crisis “pueden evitarse y/o paliarse mediante políticas estatales”. Aunque para el autor esto es un hecho empírico, lo cierto es que la evidencia no muestra que las crisis puedan evitarse mediante la acción estatal. Sin duda, la intervención estatal, a través de estímulos fiscales, intervenciones monetarias, o salvatajes a bancos y empresas, pueden en ocasiones evitar las peores consecuencias catastróficas de las crisis. Pueden, también, hacer frente a algunos contratiempos sacando a la economía de recesiones que no sean muy profundas.

Sin embargo, las crisis son intrínsecas al funcionamiento de la economía capitalista; son el resultado ineludible de un sistema que busca obtener la máxima ganancia en el menor tiempo posible. El Estado, como Estado capitalista cuya razón de ser es regular las condiciones de este modo de producción, no puede oponerse a esta lógica que conduce a las crisis. Puede, en todo caso, intentar generar condiciones que hagan posible el desenvolvimiento de la misma y tratar de evitar los descarrilamientos, con éxito bastante desigual en distintas circunstancias.

Esto lo hemos visto en la última década, donde el estallido de la crisis de las hipotecas *subprime* se fue cocinando lentamente a la luz de los “éxitos” de la intervención de la Reserva Federal (FED, el banco central norteamericano) frente a crisis previas. Manejando las tasas de interés (subiéndolas cuando amenaza la inflación, bajándolas rápidamente cuando aparecen signos de crisis), la FED acompañó el crecimiento sideral del capital ficticio. Junto con esto fueron liberadas las restricciones que regulaban el sistema financiero, lo cual permitió la creación de los más variados derivados financieros que aumentaron la masa de activos generados sobre la misma deuda, y relajaron los controles sobre la emisión de la misma, aumentando así el porcentaje de deudas incobrables. Es decir que para posponer a futuro una crisis extendida de las finanzas y la propia economía norteamericana, la FED creó condiciones para un estallido peor, que ocurrió en 2008.

También podemos recordar la crisis estanflacionaria de los '70, donde no hubo acción estatal que impidiera el estancamiento de EEUU. Este fue un severo golpe a la omnipotencia

1 Un profundo análisis sobre la *Teoría general* de Keynes, la influencia de las transformaciones que registró el capitalismo desde comienzos del siglo XX sobre la evolución de sus ideas, y la relación con las lecturas marxistas sobre esta época de crisis, guerras, y revoluciones, ver Bach, Paula, “[Apuntes a propósito de Keynes, el marxismo y la época de guerras, crisis y revoluciones](#)”, *Lucha de Clases* nº 9, Buenos Aires, junio de 2009.

estatal pregonada por los keynesianos. El tiempo transcurrido y la crisis ideológica de los desreguladores (que de todos modos no alcanzó la profundidad que podía preverse en 2008) no pueden hacernos olvidar estas lecciones. La intervención estatal altera la dinámica “pura” de una economía capitalista sin intervención (si es que puede hablarse de tal cosa), pero no permite sobreponerse de contradicciones en las cuáles el propio Estado se encuentra inmerso.

A dos años de la crisis de 2008, estamos viendo cómo toda la ingeniería puesta en juego para evitar la catástrofe en 2008, ha generado en menos de dos años nuevos factores de crisis (el artículo de Paula Bach en [Estrategia Internacional nº 27](#), [“Las medidas de contención devienen eslabones débiles”](#) analiza extensamente esta cuestión y sus implicancias). Quienes proclamaban la vuelta de Keynes y sostenían que la acción del Estado encarrilaría la crisis y sepultaría definitivamente el neoliberalismo volviendo al “capitalismo organizado”, hoy contemplan atónitos cómo la consecuencia de la intervención Estatal ha sido crear nuevos focos crisis e inestabilidad. El déficit y el endeudamiento se han disparado en Europa y en EE.UU. En el continente europeo, son varios los países al borde de la quiebra por las agudas crisis fiscales agravadas por la estrechez que genera el tratado de Maastricht, mientras las especulaciones sobre la salida de Grecia y otros países de la zona Euro (lo que no sería otra cosa que el desmembramiento de la Unión Europea) se extienden día a día. Pero aún en el caso de EEUU, una deuda que ya era muy abultada se ha convertido en insostenible. No sólo se plantea la disyuntiva entre encarar recortes o subir impuestos, sino que la deuda norteamericana ha bajado de calificación, lo que muestra que la posibilidad de financiamiento barato no está de ningún modo asegurada a futuro sin problemas, como pretende James Galbraith.

Lo cierto es que la imposibilidad de un nuevo paquete de estímulo en EE.UU. (que está discutiendo más bien la magnitud del ajuste fiscal), a pesar de los pedidos desesperados en favor del mismo por parte de figuras como Paul Krugman o Galbraith, no tiene que ver exclusivamente con motivos políticos. Lo principal es que no existe evidencia de que un paquete de estímulo pueda ser algo más que una iniciativa de emergencia, para evitar una catástrofe, como fue durante 2008 hasta hoy. Esto es algo muy distinto que una estrategia de salida efectiva de la crisis. Una cuestión no menor, es que la magnitud de los recursos que habría que haber puesto en juego para poder hablar de esto último, exceden con creces la posibilidad de un Estado que ya antes estaba sobre endeudado y arrastrando un balance externo deficitario muy elevado².

II

El planteo de Amico, aparte de hacer un fetiche de la intervención estatal, da como cosas obvias y sabidas cuestiones que incluso dentro de enfoques poskeynesianos no están saldadas y son materia de debate. Éste da por sentada la exogeneidad de la tasa de interés, cuando son varios los poskeynesianos que han admitido que ésta no es enteramente exógena. Es cierto que el banco central puede fijar una tasa de interés objetivo, como de hecho hace la FED, pero también lo es que no tiene capacidad para arbitrarla enteramente.

Desde una perspectiva que abrevia tanto en planteos de economistas clásicos como marxistas, Jammee K. Moudud³ señala que al menos en el corto plazo la tasa de interés está determinada por factores endógenos. Desde este enfoque, la tasa de interés bancario representa una fracción de la plusvalía generada en un país, y su monto está por lo tanto influido por la tasa de ganancia, entre otras cuestiones. Aunque el banco central opere sobre la tasa de interés, ésta también se encuentra condicionada por la marcha del ciclo económico y por el comportamiento de los prestamistas, es decir los bancos comerciales. Hyman Minsky plantea una perspectiva similar, y lo mismo puede decirse de Lance Taylor, quien señala que tanto la coyuntura económica como la desregulación de las finanzas hacen que haya presiones sobre la tasa de interés que pueden operar en sentido contrario a la postulada por el gobierno. No existe entonces ninguna tasa de interés natural, pero tampoco existe tal cosa como una tasa de interés enteramente exógena⁴.

2 No por nada un autor como David Harvey, que suele ser excesivamente optimista sobre la posibilidad de la inversión pública concentrada para crear “soluciones espacio temporales” que hagan frente a la crisis, señalaba que no estaba en manos de EEUU la capacidad de poner en juego la cantidad de recursos necesarios, aunque sí podrían hacerlo estados como el de China. Ver “Why the U.S. Stimulus Package is Bound to Fail”, en www.davidharvey.org, 13 de febrero de 2009.

3 Moudud, Jammee K. “Finance and the macroeconomic process in a classical growth and cycle model” Annandale-on-Hudson, The Jerome Levy Economics Institute, *Working Paper* nº 253, octubre 1998.

4 En una charla realizada en el Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx, Gérard Duménil recordó la

La tasa de interés va a estar condicionada por la relación entre la oferta y la demanda de créditos, y en el caso de los títulos públicos va a estar afectada por la disposición de los que disponen de fondos -centralmente bancos y otros inversores institucionales- para adquirir esos títulos.

La idea de que aún EE.UU. pueda emitir cualquier nivel de deuda sin límite es una ilusión poskeynesiana que está siendo desmentida hoy en el único país que podría dar asidero al planteo de que los déficits que se financian con deuda en la propia moneda no plantean ningún problema. Pero pretender trasladarlo a Argentina como quiere hacer Amico es algo completamente trasnochado. La capacidad de endeudamiento en un país como Argentina se haya constreñida por el tamaño reducido del sistema financiero local. La capacidad de suplir el recurso a los mercados con el de los fondos de organismos públicos también es limitada. Considerando aparte que la moneda nacional no es una reserva de valor, sino que existe una alta tendencia a la dolarización de los ahorros, y que cualquier inestabilidad da rápidamente lugar a una fuerte fuga de capitales, plantear que en un contexto donde se está reduciendo el balance externo (tanto que el saldo del balance de pagos podría ser nulo) y donde hay necesidad de endeudarse para cerrar el programa financiero, el Estado podrá seguir endeudándose sin problemas con un déficit creciente, es plantear la cuadratura del círculo.

III

Amico pretende que el argumento de Astarita de que “a corto plazo el déficit fiscal crea demanda, pero a medio y largo plazo ese déficit tiene que ser cubierto con ingresos fiscales (impuestos) que, caigan sobre las ganancias o los salarios, a su vez reducirán la demanda” no sería otra cosa que la tesis conocida como “equivalencia ricardiana” formulada por Robert Barro en 1974. Por empezar, para Barro, esto no funciona ni siquiera a corto plazo y el déficit no puede afectar la demanda. No es el planteo marxista.

Pero sobre todo, acá al polemista se le confunde -se ve que mucho de los extensos debates entre marxistas y kaleckianos/keynesianos sobre este punto no conoce- el planteo de Barro con el enfoque marxista, que parte de la distinción entre actividades *productivas* y *no productivas*. Las primeras, son para los marxistas aquellas que generan plusvalía. Esta distinción es vital para entender la dinámica de corto y de largo plazo. La cuestión es si el Estado sostiene un gasto no productivo para incentivar la demanda gravando para ello las actividades productivas. Como el determinante fundamental de la actividad económica y lo que altera las tendencias de crecimiento son los desembolsos que realiza el capital, la deducción impositiva juega a largo plazo un rol negativo sobre el crecimiento. Como plantea un trabajo de Guillermo Gigliani: “Es cierto que la demanda juega un rol en el corto plazo, pero en la perspectiva de largo plazo, si se verifica un incremento en la participación de las actividades no productivas (gasto estatal en consumo) y si la tasa de ahorro del sector privado está fija, habrá una reducción en la proporción de la plusvalía disponible para ser reinvertida y la inversión en capital fijo va a caer”⁵. El aumento de la tasa de ahorro privado puede compensar este impacto, pero si esto no sucede se plantea una tensión entre gasto público e inversión privada. Esto no implica negar que en condiciones de depresión o recesión fuerte, donde existe una brecha considerable entre producción efectiva y potencial, el déficit público pueda a corto plazo elevar la actividad económica; pero sí que hay un largo trecho entre esto y la capacidad de la demanda para operar como fuerza de impulso autónomo a la demanda a largo plazo.

Amico protesta frente a la aseveración de Astarita de que es “la rentabilidad y la mayor explotación la que induce a los empresarios a acumular”. Ni frente a la gran depresión de los años ‘30, ni en los ‘70 se pudo ver la capacidad de las políticas de demanda para impulsar la economía en un contexto de rentabilidad deprimida. En el primer caso, fue necesaria la destrucción de la guerra y los aumentos de la tasa de explotación que se registraron a la salida de la misma para dar lugar al *boom* de la reconstrucción de posguerra. Por el contrario, durante los ‘80, se puso en

sorprende de el por entonces presidente de la Fed, Alan Greenspan cuando, durante los años 2003/04, para hacer frente a cierto “recalentamiento” de la economía, impulsó una paulatina suba de tasas de interés. Contrariamente a lo esperado, estas tuvieron poco efecto sobre el crédito y sobre las tasas de interés de mercado. Producto del elevado crédito externo, la Fed había perdido control de la tasa de interés (puede verse el video en <http://www.ips.org.ar/?p=912>).

5 Gigliani, Guillermo, “Los ciclos en la economía: producción y dinero”, notas de clase de “Dinero, crédito y bancos”, FCE-UBA, segundo cuatrimestre de 2010.

evidencia que las políticas que atacaron los ingresos de los asalariados y barrieron con numerosas conquistas que permitieron aumentar la tasa de explotación y así aumentar la tasa de ganancia, permitieron una recuperación⁶ que no lograron las políticas keynesianas de demanda. El contraejemplo que pone Amico, de la recesión Argentina durante 1998 y 2001 que estuvo acompañada de baja de salarios y sin embargo este aumento de la participación empresaria en el ingreso no dio lugar a una recuperación no es válido: como el autor seguramente sabe, pero se le “olvida” a los fines de la polémica, la rentabilidad en Argentina está fuertemente atada al tipo de cambio, que en ese momento estaba muy sobrevaluado. Fue el abrupto cambio del tipo de cambio en 2002 el factor que dinamizó la rentabilidad e inició la recuperación. Digamos, de paso, que en el caso de la Argentina pos devaluación fue el cambio en la rentabilidad el que relanzó la inversión y permitió la recuperación de la demanda del empleo, y no a la inversa. El crecimiento del empleo y la demanda de consumo comenzarían a registrarse cuando la recuperación ya estaba en marcha. El gasto público se redujo durante todo el año 2002 y en 2003 aumentó tímidamente. Lamentablemente, este ejemplo también desmiente a Amico.

IV

El timing no ha resultado muy favorable a nuestro polemista. Mientras Amico plantea que en “USA el gobierno no tiene ningún problema para colocar un bono, que es precisamente lo que sostiene Galbraith”, la sombra proyectada sobre la capacidad de pago del estado federal norteamericano (los gobiernos estatales hace ya un año empezaron a emitir cuasi monedas de todo tipo, al estilo de los patacones bonaerenses de 2001) recibió una baja de calificación, hecho inédito en la historia.

No sabemos en qué mundo vive Amico, pero lo cierto es que la facilidad de EE.UU. para colocar bonos del tesoro ha estado cada vez más atada a la vocación de numerosas naciones asiáticas de sostener lo que ha dado en llamarse Bretton Woods II: estas naciones han atado sus tipos de cambio al dólar norteamericano, manteniendo una paridad depreciada que les garantice competitividad y que permita mantener un crecimiento apoyado en las exportaciones. Para evitar la apreciación de sus monedas, estas naciones han volcado los abundantes dólares del comercio externo a la adquisición de títulos en dólares o acrecentado sus reservas. Frente a las dificultades para financiar su déficit, el gobierno norteamericano ha ejercido una sistemática estrategia de seducción para evitar que sus poderosos compradores de bonos asiáticos eviten cambiar su portafolio hacia otras inversiones. La relación entre EEUU y estos acreedores está sometida a profundas tensiones, por las amenazas de que la FED aproveche el rol del dólar como reserva mundial para descargar los costos de su crisis sobre otros países, como ya hizo en los ‘80 mediante los Acuerdos Plaza⁷. En el marco de estas tensiones, y a despecho de las afirmaciones de Amico sobre la capacidad de EEUU de financiar su déficit sin problemas -de las cuáles parece que en el tesoro norteamericano no están advertidos- los funcionarios norteamericanos ven como pesadilla el escenario de que estos compradores de títulos dejen de financiar el gasto norteamericano.

V

Amico pretende trazar una línea divisoria entre quienes defienden la intervención estatal y aquellos que la critican, que no pueden ser otra cosa que defensores de la “eficiencia del mercado”. Apela para esto a la teoría del ciclo económico de origen político de Kalecki.

Pero no se trata de negar los efectos de la intervención estatal sobre la economía, que sin duda los hay. Sino de poner de relieve que el límite para los mismos es que el propio Estado es una institución integrada en las relaciones de producción capitalista, constitutiva de sus contradicciones y no por fuera de ellas. Los límites de la acción del Estado le están dados por las relaciones de producción apoyadas en la propiedad privada de los medios de producción y la consecuente primacía de las decisiones de inversión de los capitalistas para el desenvolvimiento de la producción. Bajo el capital no puede haber ni “eficiencia de los mercados” ni eficiencia del

6 Con numerosas contradicciones, analizadas ampliamente por Juan Chingo en “Crisis y contradicciones del ‘capitalismo del siglo XXI’”, Estrategia Internacional nº 24.

7 Los Acuerdos Plaza, de 1985 permitieron a EE.UU. acordar con Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón una apreciación de estas monedas en relación al dólar. De esta forma, la economía norteamericana recuperaría competitividad, y mejoraría su posición respecto de los que aparecían como sus principales competidores, Alemania y Japón.

Estado (que es capitalista y no una institución neutra sin carácter de clase). Querer armonizar la propiedad privada de los principales medios de producción y las políticas estatales de demanda a ingreso para mantener un equilibrio de alto empleo, es un proyecto socialmente reaccionario de subordinación del trabajo al capital para garantizar una “masa de ganancias [que] es más alta en promedio que bajo un régimen con más desempleo y bajo crecimiento”⁸; pero además es un planteo utópico. El rechazo de la burguesía a las medidas de intervención no tiene exclusivamente un fundamento ideológico, aunque este sin duda existe, sino que expresa una contradicción real de este modo de producción, entre la rentabilidad de las inversiones y la demanda solvente para vender la producción⁹. A largo plazo el activismo estatal no puede armonizar estas contradicciones, aunque pueda operar como impulso a la economía en momentos depresivos -sin constituirse nunca en un motor que sostenga el crecimiento si la ecuación de rentabilidad no motiva nuevas inversiones.

No se trata entonces, de abrazar un proyecto reaccionario de esperar que el Estado pueda armonizar las contradicciones de clase que recorren la sociedad capitalista, como proponen keynesianos, kaleckianos, y todo tipo de economistas “críticos” de cualquier cosa menos del carácter de clase y explotador que tiene tanto el Estado burgués como la sociedad capitalista. Se trata de que la clase trabajadora pueda acaudillar al conjunto de los explotados para expropiar a los expropiadores capitalistas, socializando los medios de producción y destruyendo este estado burgués. Para poner fin a la explotación del hombre por el hombre y a este modo de producción donde la satisfacción de las necesidades más elementales queda subordinada a la posibilidad de obtener una ganancia, y organizar el conjunto de la producción democráticamente según las necesidades sociales garantizando a cada quien una participación en la producción social acorde a sus necesidades. Ese es nuestro proyecto, por eso, desde el PTS, contrario a este embellecimiento de las políticas K, peleamos poner en pie un gran partido revolucionario de la clase trabajadora.

8 Esto sólo se verifica en algunas coyunturas. Para que las políticas de demanda significaran siempre un aumento de la masa de ganancia, debería verificarse, como propone Kalecki, que la economía tiende siempre por sí misma a estar por debajo de su capacidad potencial, es decir que opera con exceso de capacidad. Sin embargo, para el marxismo, y según una abundante evidencia empírica, en el largo plazo la economía se mantiene cerca de su potencial. En estos casos, las políticas de demanda no llevan a un aumento de la masa de ganancias.

9 No por nada Marx señalaba que cada capitalista mira los salarios de sus trabajadores como un costo a reducir al mínimo posible, mientras que ve los ingresos de los trabajadores como una demanda potencial que le gustaría fuera lo más elevada posible.